

zó á dirigir ojeadas á la puerta y acabó por dejar un momento su actitud para ir á colgar su falda de la llave, tapando el ojo de la cerradura. Después, sin despegar los labios, volvió á situarse junto á la estufa, alta la frente, echada atrás la cabeza.

Y la sesión se eternizó; ¡transcurrieron horas, horas! Y ella siempre allí, ofreciéndose, con su movimiento de bañista al lanzarse; mientras él, sobre su escala, á mil leguas, no ardía sino para esotra mujer que pintaba. Hasta había cesado de hablarla. Y ella recaía en su papel de objeto, de bello color. El no hacía sino mirarla desde la mañana, y ella ya no se veía en sus ojos. Era, en adelante, una extraña, expulsada de su íntimo sér.

Por fin, al interrumpir fatigado su tarea, observó que temblaba:

—¿Qué es eso? ¿tienes frío?

—¡Sí, un poco!

—Pues es raro; yo estoy ardiendo. No quiero que te acatarres. ¡Hasta mañana!

Mientras bajaba, creyó ella que iba á darle un beso. Habitualmente, por una postrera galantería de marido, pagaba con un beso rápido el fastidio de la sesión. Pero, absorto en su trabajo, la olvidó, poniéndose á lavar en seguida sus pinceles que humedecía, arrodillado, en un cazo de jabón negro. Y ella, en tanto, permanecía desnuda, de pie, esperando aún. Transcurrido un minuto, sorprendióle aquella inmóvil sombra, y después de mirarla con aire de extrañeza, prosiguió su lavado. Entonces, temblorosas las manos por la prisa, volvió ella á vestirse, en una atroz confusión de mujer desdeñada. Enredábase en la camisa, luchaba con las enaguas, abrochábase de través el corpiño, como si hubiese anhelado escapar á la vergüenza de aquella desnudez impo-

tente; y relegada en lo sucesivo á envejecer en las domésticas faenas. Y despreciábase á sí misma, sintiendo náuseas de haber descendido á ese oficio de ramera, cuya bajeza carnal sentía, ahora que estaba vencida!

Pero, desde la siguiente mañana, hubo de desnudarse nuevamente, en el aire helado, bajo la luz brutal. ¿No era este su oficio, en adelante? ¿Cómo negarse, cuando ya se hallaba establecido el hábito? Por nada del mundo hubiera querido apenar á Claudio; y cada día volvía á comenzar aquella derrota de su cuerpo. El, ya ni siquiera hablaba de ese cuerpo ardoroso y humillado. Su pasión de la carne de mujer habíase concentrado en su obra, en las amantes pintadas que se creaba. Sólo esas hacían latir su sangre, esas, cada uno de cuyos miembros nacía de uno de sus esfuerzos. Allá, en el campo, cuando su grande amor, si se creyó feliz poseyendo al fin una, viviente, á brazos llenos, no pasó aún de la eterna ilusión, pues, en resumidas cuentas, ambos habían quedado extraños uno para otro; y prefería la ilusión de su arte, esa persecución á la belleza nunca alcanzada, ese loco desear que nada saciaba. ¡Ah! verlas todas, crearlas según su fantasía, pechos de raso, caderas color de ámbar, vientres suaves de virgen y no amarlas sino por sus bellos tonos y sentir las alejarse, sin poder estrecharlas en sus brazos! Cristina no era más que la realidad, el objeto á que la mano alcanzaba, y Claudio se había hartado, en una estación, él, el soldado de lo increado, como así le llamaba á veces, en broma, Sandoz.

Durante meses enteros, las sesiones fueron una tortura para ella. La buena vida entre dos había pasado; parecía subseguirle un matrimonio entre tres, como si él hubiese introducido en el hogar una manceba, esa mujer que pintaba, copiándola

de sí misma. El cuadro inmenso interponíase entre los dos, separándolos como infranqueable muro, y él vivía con la otra, á la parte de allá. Ella enloquecía, celosa de ese desdoblamiento de su persona, sintiendo la miseria de tal sufrimiento, no osando confesar su mal por temor á sus chistes. Y no se engañaba, en verdad, comprendiendo que él prefería su imagen á su persona propia, que esa imagen era la adorada, la preocupación única, la ternura de todos los instantes. Matábala él en la postura, para embellecer á la otra; sólo de la otra nacían su alegría ó su tristeza, según la sentía vivir ó languidecer bajo su pincel. ¿No era esto amor? ¡y qué sufrimiento prestar su carne para que la otra naciese, para que la pesadilla de esa rival les asediara, interponiéndose entre los dos ¡más poderosa que la pesadilla real, en el taller, en la mesa, en la cama, en todas partes! Un polvillo, una nonada, el color sobre el lienzo, una simple apariencia, que destrozaba toda su ventura: él, silencioso, indiferente, brutal á veces, y ella torturada por su abandono, desesperada de no poder expulsar de su hogar á esa concubina, tan invasora y terrible en su inmovilidad de imagen.

Y entonces Cristina, decididamente derrotada, sintió pesar sobre ella toda la soberanía del arte. Aquella pintura, que ya aceptara sin restricciones, vióla aún más alta, en el fondo de un tabernáculo feroz, ante el cual permanecía aplastada, como ante esos potentes dioses coléricos, á quienes se adora, en el exceso de odio y terror que inspiran. Era un miedo sagrado, la certidumbre de que no podía luchar y de que sería triturada como una simple astilla, si se obstinaba en la lucha. Los lienzos se agrandaban como bloques de piedra; los pequeños parecíanle triunfales, los peores la abrumaban con su victoria; mientras

ya ni aún los juzgaba, yaciente, trémula, encontrándolos todos formidables y contestando siempre á las preguntas de su marido:

— ¡Oh! ¡muy bien!... ¡oh! ¡magnífico!... ¡oh! ¡extraordinario, sí, extraordinario!

Sin embargo, no sentía rencor contra él, y adorábale con una ternura lacrimosa, al verle devorarse á sí propio en tal manera. Después de algunas semanas de propicio trabajo, entorpecióse la marcha, pues no lograba salir de su gran figura de mujer. Por eso mataba de fatiga á su modelo, encarnizándose días enteros, y abandonándolo luego todo por espacio de un mes. Por diez veces, la figura fué comenzada, dejada aparte y rehecha completamente. Un año, dos, pasaron sin que el cuadro tocara á su fin, casi terminado unas veces, y al día siguiente raspado, para volver á empezar.

— ¡Ah! ¡esfuerzo de creación en la obra de arte, esfuerzo de sangre y lágrimas en que agonizaba para crear la carne é infundir la vida! ¡siempre batallando con lo real, y vencido siempre; la lucha contra el Angel! Destrozábase en esa tarea imposible: hacer entrar toda la naturaleza en un lienzo, extenuada, á la larga, en los perpetuos dolores que tendían sus músculos, sin que jamás lograse el parto de su genio. Lo que á los otros dejaba satisfecho, el casi-casi, los recursos de receta indispensables, le abrumaban á remordimientos, indignándolo como una cobarde debilidad, y volvía á comenzar, malogrando lo bueno para lo mejor, encontrando que «eso» no «hablaba», descontento de sus «buenas mujeres» (como en broma decían sus camaradas). ¿Qué le faltaba, pues, para darles vida? ¡Tal vez una nimiedad!

Un día, la frase «genio incompleto», oída á sus espaldas, le había lisonjeado y asustado. Sí, eso debía ser, el salto demasiado corto ó dema-

siado largo, el desequilibrio de sus nervios, el desarreglo hereditario, que por algunos gramos de sustancia en más ó menos, en vez de producir un grande hombre, iba á producir un loco. Cuando la desesperación le sacaba de su taller, huyendo de su obra, llevaba en la mente esa idea de una impotencia fatal, y la sentía latir contra su cráneo, como el obstinado doblar de una campana.

Su existencia, entonces, fué miserable. Nunca le había torturado tanto la duda de sí mismo. Desaparecía días enteros; hasta pasó fuera de casa una noche, regresando alhelado la siguiente mañana sin poder decir de dónde venía. Pensaron que había estado divagando por las afueras, para no volver á encontrarse frente á su obra fallida. Era su único alivio: huir en cuanto esa obra le llenaba de vergüenza y odio, no reapareciendo hasta que se sentía con valor para volverla á afrontar. Y á su regreso, ni aun su propia mujer osaba interrogarle, sobrado feliz en verle de nuevo, después de la ansiedad de su espera. Recorría furiosamente París, sobre todo los arrabales, por un deseo de acanallarse, viviendo con peones y braceros, expresando á cada crisis su antiguo pesar de no ser un hijo de un albañil. ¿Acaso la felicidad no consistía en tener miembros sólidos, que desempeñaran pronto y bien la tarea para que fueron cortados? Había malogrado su existencia: hubiera debido hacerse contratar en aquellos tiempos, cuando comía en el establecimiento Gomard, en el *Chien de Montargis*, donde tuvo por amigo á un Lemosino, jovial mocetón, cuyos gruesos brazos envidiaba. Después, de regreso á la calle Tourlaque, molidas las piernas, vació el cráneo, echaba sobre la pintura esa mirada afligida y medrosa que uno arriesga sobre una difunta, en mortuoria cámara, hasta que una

nueva esperanza de resucitarla, de crearla viva al fin, animaba su rostro con refulgente llama.

Cierto día, Cristina desempeñaba su oficio de modelo y la figura de mujer iba á quedar terminada otra vez más. Pero, desde hacía una hora, Claudio se ponía hosco, perdiendo por grados el alborozo infantil que mostrara al comenzar la sesión. Así, pues, ella ni á respirar se atrevía, sintiendo, por su propio malestar, que todo se malograba nuevamente, y temiendo precipitar la catástrofe, si movía un dedo. Y, en efecto, lanzó Claudio bruscamente un gran grito de dolor, blasfemando en un estallido de trueno:

—¡Ah! ¡voto á! ¡voto á!

Desde lo alto de la escala había tirado su puñado de pinceles. Después, ciego de ira, rompió el lienzo con un terrible puñetazo.

Cristina tendía sus temblorosas manos:

—Pero, ¡amigo mío! ¡amigo mío...!

Mas, cuando hubo cubierto sus hombros con un peinador, acercándose á él, sintió en su corazón un gozo agudo, un vivo arranque de rencor satisfecho. El puñetazo había dado de lleno en el pecho de la otra, quedando en su lugar un anchuroso boquete. ¡Al fin, estaba matada!

Inmóvil, helado por su asesinato, contemplaba Claudio aquel pecho abierto en el vacío. Sentía un pesar inmenso de la herida, por donde parecía que la sangre de su obra manaba. ¿Era posible? ¿era él quien había asesinado de tal suerte lo que más amaba en el mundo? Su cólera trocábase en estupor; púsose á pasear los dedos sobre el lienzo, tirando de los bordes de la desgarradura, cual si hubiese querido juntar los labios de una herida. Ahogábase, tartamudeaba, destrozado por un dolor atroz, infinito:

—Está muerta... ¡está muerta!...

Entonces Cristina sintióse conmovida hasta las

entrañas, en su maternidad por aquel hijo grandullón, artista. Perdonóle, como siempre, comprendiendo que sólo tenía una idea: remendar al momento la desgarradura, curar el daño; y le ayudó, manteniendo los girones, mientras él, por detrás, pegaba un trozo de lienzo. Cuando volvió á vestirse, la otra estaba nuevamente allí, inmortal, no conservando en el sitio del corazón más que una delgada cicatriz, que acabó de apasionar al pintor.

En aquel desequilibrio cada vez más grave, iba dominándole á Claudio una especie de superstición, una creencia devota en los procedimientos. Proscribía el aceite, calificándolo de enemigo personal. Por el contrario, la esencia producía mate y sólido; y tenía secretos suyos, que ocultaba, soluciones de ámbar, copal líquido y otras resinas que se secaban pronto y salvaban la pintura de toda grieta. Sólo que había de batallar contra embebidos terribles, pues sus lienzos absorbentes chupaban de golpe el escaso aceite de los colores. Siempre le había preocupado la cuestión de los pinceles; queríalos de una enmangadura especial, desdeñando la marta y exigiendo crin secado al horno. A más, el asunto magno eran los cuchillos de paleta que empleaba para los fondos, como Courbet, defumando después; poseía toda una colección, largos y flexibles, anchos y cortos, y, sobre todo, uno triangular, semejante al de los vidrieros, que había mandado fabricar expresamente, un verdadero cuchillo de Delacroix. Por lo demás, nunca se valía de raspador, ni de navaja, que consideraba deshonorosos. Pero se permitía toda especie de prácticas misteriosas en la aplicación del tono, forjábbase recetas, variándolas cada mes y creyendo haber descubierto repentinamente la buena pintura porque, repudiando la oleada de aceite, la colada antigua, proce-

día por toques sucesivos, graduados hasta llegar al valor exacto. Una de sus manías durante largo tiempo, había sido pintar de derecha á izquierda; sin confesarlo, estaba convencido de que aquello le deparaba buena suerte. Y el caso terrible, la contrariedad que le desconcertara, resultaba de su teoría invasora de los colores complementarios. Gagnière fué el primero en hablarle de ello, muy inclinado también á especulaciones técnicas. Y después, él mismo, por la continua extremación de su pasión, se había puesto á exagerar ese principio científico que hace derivar de los tres colores primarios: amarillo, rojo y azul, los tres colores secundarios: naranja, verde y violeta, y finalmente toda una serie de colores complementarios y similares, cuyos compuestos se obtienen matemáticamente unos de otros. Así, la ciencia entraba en la pintura; creábase un método para la observación lógica; sólo había que tomar la dominante de un cuadro y establecer su complementaria y similar, para llegar de una manera experimental á las variaciones que se producen, el amarillo transformándose en verde junto al azul, por ejemplo, todo un paisaje cambiando de tono, ya por los reflejos, ya por la descomposición misma de la luz, según las nubes pasajeras. De ahí sacaba esta conclusión cierta: que los objetos no tienen color fijo, sino que se coloran según las circunstancias ambientes; y era lo malo que, cuando volvía actualmente á la observación directa, zumbándole esta ciencia en la cabeza, sus ojos prevenidos forzaban los matices delicados, afirmando en notas demasiado vivas la exactitud de la teoría; de modo que su originalidad de notación tan clara, tan vibrante de sol, tomaba un carácter de apuesta, tendiendo á un derrocamiento de todos los hábitos de la vista, carnes

violáceas bajo un cielo tricolor. ¡La locura parecía haber llegado al extremo!

La miseria hundió á Claudio. Habíase infltrado poco á poco, á medida que el matrimonio iba sacando sin contar; y cuando ya no quedó ni un sueldo de los veinte mil francos, abatióse, atroz, sin dejar una esperanza. Cristina, decidida á buscar trabajo, no sabía hacer nada, ni coser siquiera; desolábase, inertes las manos, irritándose contra su imbécil educación de señorita que le dejaba el único recurso de colocarse un día de criada, si su vida continuaba estropeándose. El, caído en la befa parisiense, no vendía nada absolutamente. Una exposición independiente, donde había exhibido unos cuantos lienzos, con algunos camaradas, acababa de rematarlo ante los compradores, en tal grado el público se había mofado de esos cuadros, mescolanza de todos los colores del arco iris. Los marchantes se declaraban en fuga. Sólo Bergerot hacía algún viaje á la calle Tourlaque, quedando extasiado ante los asuntos excesivos, los que estallaban en cohetes imprevistos, desesperado de no poder cubrirlos de oro; y en vano le decía el pintor que se los regalaba, suplicándole que se los llevase; el pequeño burgués, dotado de extraordinaria delicadeza, hacía inauditos ahorros para recoger una suma, de tarde en tarde, y después se llevaba, con religión, el lienzo delirante, que colgaba al lado de sus cuadros magistrales. No pasando todo ello de ser una ganga demasiado rara, había debido resignarse Claudio á trabajos de comercio, tan hastiado, tan desesperado por esa voltereta al presidio tan aborrecido, que de seguro hubiera preferido morir de hambre, á no mediar los dos pobres seres que con él agonizaban. Se dedicó á los *Caminos de la cruz* hechos con rebaja, á los santos y á las santas, por gruesas,

á los transparentes dibujados á calco, y á todas las tareas bajas que acanallan la pintura en una estampería necia y sin gracia. Hasta sufrió la vergüenza de que le rehusaran retratos á veinticinco francos, porque no acertaba con el parecido, y llegando al último grado de la miseria, trabajó «al número»: los ínfimos mercaderes ambulantes, que tienen sus puestos de venta en los puentes, y exportan á las regiones salvajes, fueron sus adquirentes, «á tanto por cuadro», dos francos, tres francos, según la dimensión reglamentaria. Era para él como una decadencia física; desmejoraba, poníase enfermo, incapaz de una sesión formal, contemplando su gran cuadro angustioso con ojos de condenado, sin darle un toque en toda una semana, como si sintiese sus manos enmugrecidas y degeneradas. Apenas sacaban para pan; la vasta barraca poníase inhabitable en invierno, esa barraca de que tan satisfecha se mostrara Cristina, cuando su instalación. Actualmente, arrastrábase por allí, sin aliento siquiera para barrerla, perdiendo el gusto al orden; y todo caminaba al abandono en el desastre, y Santiaguito debilitábase por una mala alimentación, y sus comidas despachábanse en pie, con un mendrugo, y su vida entera mal conducida, mal cuidada, deslizábase á la suciedad de los pobres que pierden hasta el orgullo de su persona.

Transcurrido otro año más, Claudio, en uno de aquellos días de desfallecimiento en que huía de su cuadro incompleto, tuvo un encuentro. Esta vez, habíase jurado no regresar á casa; recorría París desde el mediodía, como si oyese galopar en pos de sí el espectro descolorido de la gran figura desnuda, devastada por continuos retoques, siempre informe, persiguiéndole con su deseo doloroso de nacer. La niebla derretíase en llovizna amarillenta, ensuciando las calles lodo-

sas. Y, á eso de las cinco, atravesaba la calle Royale, con su andar de sonámbulo, y con peligro de que le aplastasen, derrotado el traje, lleno de barro hasta la espalda, cuando un carruaje se detuvo, bruscamente:

—¡Claudio! ¡eh! ¡Claudio! ¿Ya no conoce usted á sus amigas?

Era Irma Bécot, deliciosamente vestida, con un traje de seda gris, cubierto de chantilly. Había bajado el vidrio con viveza, y sonreía, irradiando en el marco de la portezuela.

—¿A dónde va usted?

El, embobado, contestó que á ninguna parte. Y ella, con mayores muestras de regocijo, contenta plóle de hito en hito, dibujándose en sus labios el perverso mohín de la dama que se encapricha súbitamente por una golosina vulgar, percibida en una frutería de portal.

—¡Ea, suba usted! ¡hace tanto tiempo que nosotros hemos visto! ¡Suba usted, si no quiere que le despachurren!

En efecto, los cocheros, impacientados, hostigaban sus caballos en ruidosa batahola; y él se inclinó, aturdido; y ella lo arrastró, chorreando agua con su hurraño erizamiento de pobre, en su limitado cupé de raso azul, sentado á medias sobre las blondas de su falda; mientras los fiacres comulgaban entre risas el rapto, poniéndose á la cola para restablecer la circulación.

Irma Bécot había realizado por fin su ensueño de un hotel de su propiedad, en la avenida de Villiers. Pero le había costado años: primero, el terreno, comprado por un amante; después, los quinientos mil francos de la edificación; los trescientos mil de los muebles, suministrados por otros, á la buena ventura de los apasionamientos repentinos. Era una morada regia, un lujo magnífico, sobre todo de extremado refinamiento

en el bienestar voluptuoso, una gran alcoba de mujer sensual, un gran lecho de amor que comenzaba en las alfombras del vestíbulo, para subir y extenderse hasta las paredes acolchadas de las habitaciones. Actualmente, después de haber costado mucho, la posada producía más, pues se pagaba la nombradía de sus colchones de púrpura; ¡sus noches eran caras!

Al entrar con Claudio, dió orden Irma de que no se admitiesen visitas. Hubiera prendido fuego á toda aquella fortuna, para satisfacer un capricho. Mientras se dirigían, juntos, al comedor, llegó el señor, el amante pagano, empeñándose en entrar á toda costa; mas ella le hizo despedir, en alta voz, sin importársele un ardite que lo oyesen. Después, ya en la mesa, echóse á reír como una niña, comiendo de cada plato, y eso que nunca tenía apetito; y cobijaba al pintor con una mirada de éxtasis, muy divertida con su recia barba mal cuidada y su americana de trabajo, huérfana de botones. El, como en un sueño, comía, pasivamente, con el apetito glotón de las grandes crisis. La comida transcurrió silenciosa; el mayordomo servía con altanera dignidad.

—¡Luis, el café y los licores en mi cuarto!

No eran mucho más de las ocho, y, sin embargo, Irma quiso encerrarse en seguida con Claudio. Echó el cerrojo, chanceándose: buenas noches, ¡la señora está acostada!

—Ponte á tus anchas, te guardo preso... ¿Eh? ¡Demasiado tiempo hace que lo murmuran! Al fin, ¡sería demasiada necedad!

Entonces, él, tranquilamente, se quitó la americana en aquella suntuosa estancia, de paredes forradas de seda-malva, ornadas de blonda de plata, junto al lecho colosal, cubierto de bordados antiguos, semejante á un trono. Tenía la costumbre de quedar en mangas de camisa; creyóse

en su propia casa. Lo mismo daba dormir allí que bajo un puente, toda vez que había jurado no volver á su hogar. Su aventura ni siquiera le sorprendía en el trastorno de su vida. Y ella no acertando á comprender este abandono brutal, le encontraba chusco por demás, recreándose como meretriz fugada, semi-desnuda también, pillizcándole, mordiéndole, retozando á juegos de manos, como verdadero pilluelo del arroyo.

—¿Sabes? mi testa para los necios, mi Ticiano como dicen, no es para ti... ¡Ah! ¡tú me transformas, de veras! ¡eres muy distinto!

Y lo agarraba, diciéndole el capricho que había sentido por él al verle tan despeinado. Las cajadas estrangulaban las frases en su garganta. Lo encontraba tan feo, tan cómico, que le besaba por doquiera, con furor.

A eso de las tres de la mañana, entre las sábanas descompuestas, arrancadas, Irma se tendió á la larga, desnuda, hinchada la carne por los excesos, tartamudeando de cansancio:

—Y á propósito, ¿te casaste con tu mujer?

Claudio, que empezaba á dormirse, abrió unos ojazos alelados.

—Sí.

—¿Y continuas acostándote con ella?

—¡Pues no!

Ella se echó á reír de nuevo, añadiendo simplemente:

—¡Ah! ¡querido, querido mío! ¡cuánto os debéis aburrir!

Al día siguiente, cuando Irma dejó partir á Claudio, muy sonrosada como después de una noche de completo reposo, correcta en su elegante bata, peinada ya y sosegada, mantuvo un momento sus manos entre las propias; y, muy afectuosa, contemplándole con aire á la vez tierno y chancero:

—¡Querido mío! eso no te ha dado placer. ¡No! ¡no jures! nosotras, las mujeres, lo adivinamos... En cambio, á mí me ha dado mucho ¡oh! mucho... ¡Gracias, gracias!

Y se acabó. Para volver á empezar, le hubiera sido preciso pagarla muy cara.

Claudio, directamente, regresó á la calle Tourlaque, aún conmovido por la reciente ganga. Sentía una mezcla de vanidad y remordimiento que, durante dos días, le tuvo indiferente por la pintura, soñando que tal vez había malogrado su vida. Por lo demás, era tal su aspecto al regresar, que habiéndole interrogado Cristina, comenzó por balbucear, y acabó por dejarlo adivinar todo. Siguió una escena; ella lloró largo tiempo, y luego perdonó, llena de infinita indulgencia por sus faltas, y muy inquieta, como si temiera que una noche tal le hubiese fatigado en demasía. Y, del fondo de su pesar, surgía un gozo inconsciente, el orgullo de que hubiesen podido amarle, el apasionado regocijo de verle capaz de una escapatoria, y también la esperanza de que volvería á ser suyo, toda vez que había sido de otra. Estremeciase en el olor de deseo que él traía de afuera, sin sentir más celos que contra esa condenada pintura, hasta el punto de preferir por rival otra mujer.

Pero, á mediados de invierno, sintió Claudio un nuevo arranque de valor. Cierta día, arreglando marcos viejos, encontró, en el suelo, un fragmento de su antiguo cuadro. Era la figura desnuda, la mujer yacente del *Plein air*, que había conservado, recortándola del lienzo, cuando se lo devolvieron del Salón de Recusados. Y, al desenrollarla, lanzó un grito de admiración.

—¡Voto á...! ¡qué bello es esto!

Inmediatamente, fijóla en la pared con cuatro clavos, y desde entonces, pasóse horas enteras

contemplándola. Sus manos temblaban, y una ola de sangre invadía su rostro. ¿Era posible que hubiese pintado semejante obra magistral? ¿conque, en aquella época, tenía genio? ¿dónde, pues, había trocado su cráneo, sus ojos y sus dedos? Tal fiebre le exaltaba, y tal necesidad de explicarse, que acababa por llamar á su mujer.

—¡Ven á ver! ¿eh? ¿qué tal? ¿qué te parece esa suave musculatura? ¡Mira ese muslo, bañado de sol! ¡Y ese hombro, aquí, hasta el arranque del pecho! ¡Ah! ¡Dios mío! eso es vida; lo siento vivir, como si la tocara, tibia y flexible la piel, con su olor...

Cristina, de pie á su lado, miraba, contestaba con moon sílabos. Esa resurrección de sí misma, al cabo de años, tal como era á los dieciocho, la había lisonjeado y sorprendido al principio. Mas, desde que le veía apasionarse de tal modo, sentía un malestar creciente, una vaga irritación sin causa precisa.

—¡Cómo! ¿no la encuentras hermosa hasta caer de rodillas á sus pies?

—Sí, sí... ¡Pero se ha ennegrecido!

Claudio protestaba con violencia. ¡Ennegrecido, bah! Jamás ennegrecería; tenía la inmortal juventud. Habíase apoderado de él un verdadero amor; hablaba de ella como de una persona, sentía bruscos deseos de volverla á ver, que le obligaban á dejarlo todo, como para volar á una cita.

Después, cierta mañana, dominóle un hambre canina de trabajo.

—¡Por vida de...! toda vez que hice eso, soy muy capaz de volverlo á hacer... ¡Ah! ¡si esta vez no soy un marrano, veremos, veremos!

Y Cristina, inmediatamente, hubo de darle una sesión de modelo, pues ya él había subido á su escala, ardiendo en frenesí de consagrarse á su

lienzo. Durante meses enteros, la tuvo ocho horas al día desnuda, enfermos los pies de inacción, sin apiadarse de la extenuación en que la veía, mostrándose también duramente feroz con su fatiga propia. Obstinábase en crear una obra maestra, exigiendo que su figura en pie valiese como la figura yaciente que desde la pared le enviaba una irradiación de vida. Continuamente la consultaba, la comparaba, desesperado y abofeteado por el miedo de no igualarla jamás. Dirígale una ojeada, otra á Cristina y otra al lienzo, estallando en blasfemias cuando no quedaba satisfecho. Por fin, descargó su enojo contra su mujer:

—A decir verdad, ya no eres la que eras en el muelle de Bourbon... ¡No, muy al contrario! Y es singular; los pechos se te desarrollaron muy precozmente. Aún recuerdo mi sorpresa, cuando te vi con un seno de mujer formada, mientras lo restante conservaba la fina delgadez de la infancia... Y tan elástico, tan fresco, un verdadero capullo de rosa, brotando al tibio sople primaveral... De veras, sí, puedes engreirte de ello, tu cuerpo ha sido una maravilla.

No decía estas cosas para ofenderla; hablaba sencillamente como observador, entornando los párpados, charlando de su cuerpo como de una pieza de estudio que empezase á desmejorar.

—El tono continúa siendo espléndido; mas el dibujo, no, no, ya no es lo que era... Las piernas ¡oh! las piernas muy bien, todavía; es lo último que decae en la mujer. Pero, eso sí, el vientre y los pechos ¡diantre! van en derrota. Mírate, sino, en el espejo; ahí, junto á los sobacos, esa especie de bolsas que se van hinchando, lo cual dista mucho de ser bello. En cambio, ya puedes escudriñar todo el cuerpo de esa; no verás semejantes bolsas.

Con tierna mirada designaba la figura yacente, y concluyó:

—La culpa no es tuya, pero evidentemente me desconcierta; ¡maldita suerte!

Ella le oía, tambaleándose, desconsolada. Aquellas horas de sesión, que tanto la habían hecho sufrir, trocábanse actualmente en insoportable suplicio. ¡Y como si aún no bastara, ocurriábasele al otro aplastarla con su juventud, avivar sus celos, infundiéndole el ponzoñoso pesar de su desvanecida belleza! ¡Y convertirse en rival de sí misma, no pudiendo mirar su antigua imagen, sin sentirse mordida en el corazón por una envidia maligna! ¡Ah! ¡cuánto había pesado sobre su existencia aquella imagen, aquel estudio tomado de sí propia! Toda su desdicha encerrábase allí. primeramente, su pecho mostrado en el sueño; después, su cuerpo virginal desnudado libremente, en un minuto de caritativa ternura; después ese don de sí misma, á seguida de las carcajadas de la muchedumbre, silbando su desnudez; después, su vida entera, su rebajamiento á ese oficio de modelo, donde había perdido hasta el amor de su marido. Y esa imagen renacía, resucitaba más viviente que ella, para acabarla de rematar en realidad no había más obra que aquella; ¡era la mujer yacente del antiguo lienzo que se levantaba, simplemente, en la mujer, en pie, del cuadro nuevo.

Entonces, á cada sesión, Cristina se sintió envejecer. Fijaba en su cuerpo miradas turbias, creyendo ver surcarse arrugas y deformarse las líneas puras. Nunca se había estudiado tanto; sentía la vergüenza y el asco de su cuerpo, esa desesperación infinita de las mujeres ardientes, cuando el amor las abandona junto con su belleza. ¿Era, acaso, este el motivo de que ya no la amase, de que pasara las noches con otras, y de que

se refugiase en la pasión insensata de su obra? Perdiendo la noción neta de las cosas, iba sumiéndose en una decadencia, viviendo en camisa y enaguas sucias, sin tener ya la coquetería de la gracia, desalentada por la idea de que era inútil luchar, puesto que envejecía!

Cierto día Claudio, enfurecido por una mala sesión, lanzó un grito terrible, de que jamás debía ella curar. Había estado á pique de romper nuevamente su lienzo, fuera de sí, agitado por uno de esos arrebatos en que parecía irresponsable. Y, desfogándose en ella, mostrándole el puño:

—No, decididamente no puedo hacer nada con eso... ¡Ah! tenlo entendido; la que pretenda servir de modelo, no debe parir!

Rebelada á tamaño ultraje, llorosa, corrió á vestirse; pero sus manos trémulas no acertaban á cubrirla con la ansiada rapidez. El, inmediatamente, lleno de remordimientos, bajó á consolarla.

—Vamos, he obrado mal, soy un miserable... Por favor, vuelve, vuelve á servir de modelo un ratito, á fin de demostrar que no me guardas rencor.

Y la alcanzaba, desnuda entre sus brazos, depositándole la camisa, que ya tenía medio puesta. Y ella perdonó otra vez más, volviendo á ser modelo, tan trémula aún, que recorrían sus miembros dolorosas ondulaciones; mientras, en su inmovilidad de estatua, seguían cayendo silenciosas lágrimas de sus mejillas á sus pechos, de donde fluían á chorro. ¡Sí, en verdad! ¡mucho mejor le hubiera sido á su hijo no nacer! Tal vez él era la causa de todo. Cesó su llanto; ya excusaba al padre, sintiendo una cólera sorda contra el pobre sér, para quien su maternidad nunca se había despertado y á quien ahora aborrecía, pen-